



ALEXANDRE MILLERAND

(Caricatura de GARCÍA CABRAL.—*Excelsior*.—México).

Los Estados Unidos ascendieron a la alta categoría de pueblo-guía en los días más difíciles de la guerra europea. Pudieron entonces haberse abstenido, como España, y seguir desarrollando su inusitada y egoísta historia local. Intervinieron, más que por propio impulso, por estímulo del hombre que tenía entonces la más elevada representación política. La voz de ese hombre dotó de sublimidades evangélicas la intervención norteamericana. En la guerra hubo los pueblos mártires: Bélgica y Servia; los pueblos héroes: Francia; los pueblos-guías: los Estados Unidos adquirieron en esta significación la más encumbrada jerarquía.

Terminó la guerra y estos pueblos no supieron mantener en las horas serenas de la paz la autoridad moral que lograron en las horas tormentosas de la lucha. Unos de ellos se embriagaron con el vino de la victoria: otros, sólo pensaron en sus dolores y en sus odios; otros volvieron los ojos a sus intereses materiales y concentraron en la defensa de ellos las energías que antes habían consagrado a empresas de mayor generosidad. Los Estados Unidos fueron de estos últimos. Wilson, conociéndose, tuvo la infantil ocurrencia de venir a Europa y cometió el pecado mortal de ocupar un puesto en la mesa donde se laboró el Tratado de Versalles. John Maquard Keynes, en su libro sobre *Las conveniencias económicas de la paz*, nos habla de la situación de Wilson en las reuniones de los Cuatro. «Conocía escasamente los problemas de Europa —dice Keynes,—no tiene la agudeza espiritual de Lloyd George ni la energía de Clemenceau. Así, día tras día, semana tras semana, él se dejó encerrar, sin ni... socorro, sin ningún

EL SUCESOR DE WILSON

Instinto de conservación

consejo. Quedó solo, con hombres más sagaces que él, en circunstancias infinitamente difíciles en las que él necesitaba para triunfar, medios, imaginación y conocimientos de toda suerte». Por haber advertido los Estados Unidos el vencimiento de Wilson o por sentida oposición a las doctrinas wilsonianas, lo cierto es que los Estados Unidos recusaron a su Presidente y se manifestaron en contra de una acción conjunta con los pueblos de los otros continentes. Del mismo modo que Francia, los Estados Unidos dejaron voluntariamente de ser en la Historia un pueblo-guía. Renunciaron deliberadamente al ejercicio de la alta magistratura que les había otorgado el consentimiento universal.

Las pasadas elecciones presidenciales colocaban a los Estados Unidos en la situación de poder rectificar su camino. Estaban en pugna tres tendencias: la de Harding, la de Cox, y la de Debs. Harding significaba el retorno al monroísmo, a la historia local, al nacionalismo: el olvido de las enseñanzas y los ideales de la gran guerra; el apoyo al viejo capitalismo del siglo XIX; el andar como se andaba antes de 1914; el vivir como si no hubiera acontecido ni aconteciera nada en el mundo. Cox simbolizaba, más que la continuación, la consolidación de la doctrina wilsoniana; la participación de los Estados Unidos en la Liga de las Naciones; un nuevo liberalismo, consubstancial con el que el profesor inglés Ramsens Muir expone en un libro, que señala como libro de texto, a los rivales de su país; un paso adelante, apoyándose en las responsabilidades políticas y en los deberes morales que los Estados Unidos contrajeron en la guerra europea. Debs, preso, o por delito de inteligencia o condenado a diez años de reclusión en el presidio de Atlante, Estado de Georgia, era el candidato socialista: representaba la incorporación de los Estados Unidos a las nuevas democracias que en unos países han conquistado ya el Poder; que en otros luchan por moverlo y sostenerlo; que en todos los países son el cimiento firme de la sociedad futura. Los escasos votos que Debs ha obtenido, la



WARREN G. HARDING

(Caricatura de GARCÍA CABRAL.—*Excelsior*.—México).

derrota de Cox y el triunfo de Harding descubren cuáles son los afanes actuales del pueblo que brilló con luz maravillosa durante algún tiempo, y que fué el hito ideal donde convergieron en admiración y devoción las esperanzas más nobles de las cinco partes del mundo.

Harding en la Presidencia de los Estados Unidos equivale a decir que los Estados Unidos no sólo se desentendieron de las responsabilidades que contrajeron con la guerra, sino que los Estados Unidos renuncian a realizar en su propio territorio los ideales que alumbró o avivó la guerra. No sólo significó que los Estados Unidos están contra Cox, que representa la unión de las naciones, sino que están contra Debs, que representa la transformación de las naciones. ¿Qué trascendencia tiene este acto? Una trascendencia semejante a la que tuvo la elevación de Millerand a la Presidencia de la República francesa. Millerand despertó, tal vez sin proponérselo, la necesidad de las antiguas alianzas militares, de las alianzas que parecían definitivamente aunadas al nacer la Liga de las Naciones. Una de estas alianzas las constituirán seguramente Inglaterra, Alemania, Italia y el Japón; otra alianza llegarán probablemente a formarla los Estados Unidos y Francia. Millerand enseña, por otra parte, que las transformaciones sociales, estas transformaciones que se reclaman con impulso violentísimo y con necesidad apremiantísima, si quieren producirse ha de acudir a los procedimientos revolucionarios, procedimientos a los que él opondrá toda la fuerza del Estado que regenta. Francia y los Estados Unidos son los pueblos que pusieron el alma en la guerra para llegar a una *post-guerra* que fuese el fin de to-